

Roberto Sarah (*)

Tío Simón



SOLO había un lejano parentesco con mi madre, pero lo llamábamos el tío Simón. Era alto, de cara roja y mofletuda y tenía unas largas piernas que se movían como si fuesen zancos: a veces parecía que estuviera midiendo el suelo.

Vivía a dos leguas del pueblo, a media del campo-santo, en una vieja casaquinta llena de hortalizas y de manzanos, donde solía llevarme mi padre los sábados a llenar dos cestos con manzanas o legumbres.

Tía Isolina, su mujer, a quien recuerdo como una cosa muy ancha y movediza, salía a mi encuentro, abrazándome con demasiado alborozo:

—¿Ya has llegado? Es un hermoso día para recoger manzanas. ¡Te llenaré el canasto! Anda, que el tío Simón te espera allá bajo el árbol.

(*) Uno de los siete relatos de la colección que obtuvo el primer premio en el Concurso del Sindicato de Escritores de Chile de 1949, intitulada «*Mi querido infierno*», y que aparecerá en 1951.

Y yo corría, empapado de alegría y de niñez. Tío Simón me apretaba contra su duro regazo—todo él parecía huesudo—y me elevaba sobre su cabeza, riendo y palmoteándome, moviéndosele el ojo izquierdo blanquizo, pues padecía de cataratas.

—¿Eh? ¿Has venido a llevarte las frutas? ¿De modo que vienes a picotearlas, como los zorzales? ¿Eh, pequeño? Je, je... Bien... vendrás con tío Simón para que veas qué hermosa está la quinta ahora... Ven... ven conmigo.

Y me arrastraba por los sembrados, por los tupidos manzanos en invierno, por los cerezos cargados en verano. Parecía alegrarse de verme. Sentía yo, también, un infinito goce en contemplar sus mofletudas mejillas encarnadas y su ojo blanquizo como guiñando siniestramente; muy alto y alegre.

Lo recuerdo con unos pantalones angostísimos, de cuyos cabos emergían aquellos tremendos zapatos engrasados y grotescos que enterraban en los sembrados. Detestaba el pueblo, y no iba a él sino para lo indispensable. Sólo se hallaba bien bajo los álamos y husmeando entre las yemas recién brotadas.

—Hemos venido de esto—decíame, sentado yo sobre sus rodillas, enseñándome el suelo húmedo—y volveremos a ser tierra. Pero es hermoso, créeme, hermoso... ¿Te gustaría recorrer el mundo? Yo he venido desde muy lejos, pero en todas partes es lo mismo.

—Si era lo mismo, ¿por qué has ido a otra parte?

—Para conocer. Hace falta echar una mirada por la tierra toda, ¿entiendes?

Le gustaba sobremanera la caza, y a veces le acompañábamos mi padre y yo, muy temprano, antes de salir el sol. Tío Simón calzaba unas botas de cuero, siempre sucias, y un morral pendía del hombro. Una vieja escopeta de dos cañones le cruzaba la espalda apuntando al cielo, y empezábamos la caminata interminable y bella, viendo a lo lejos venir el alba como un sueño.

Daba saltos en la tierra húmeda, trepando por sobre las alambradas de púa como un soldado joven en la guerra y nada parecía importarle sino el ruido de los árboles y de las bandadas de tórtolas que surcaban el cielo. Deteníanse de súbito sus pasos y echaba la escopeta al hombro, guiñando su ojo enfermo y abriendo mucho el otro en dirección a su víctima. Sonaba una detonación y yo corría a buscar la presa, como un perro perdiguero.

—¡Aquí está!—gritaba yo, enardecido—. ¡Está viva!

El tío cogía la pieza de un ala y la remataba, azotándola contra el cañón de la escopeta.

Horrorizado ante aquella crueldad, yo desviaba la cabeza con deseos inminentes de llorar o lanzar gritos; pero la parsimonia de tío Simón me dejaba perplejo. Guardando el pájaro muerto en el morral, cada vez más abultado, decía simplemente:

—Hay que matarlo; porque comerlo cuando se muere solo hace mal.

Hacíamos merienda en el campo, bajo un sauce, casi siempre junto a un río. Cortaba una rama y atravesaba las piezas muertas unas tras otras con la punta afilada como una lanza. Después, con ramas secas, hacía fuego y echaba a asar algunas torcazas. El aroma de la carne chamuscada entraba a raudales haciendo saliva nuestras bocas y yo daba vueltas, impaciente, en torno a la fogata, esperando que todo estuviese a punto.

Tía Isolina nos aguardaba hasta tarde con la mesa puesta. No obstante nuestra merienda de pájaros, teníamos mucho apetito. Depositábamos el cargamento sobre la mesa, en medio del asombro de todos: veinte treinta y a veces medio ciento de las más diversas piezas de caza; se levantaba un marcado olor a plumas y a pólvora, que aun tengo en el corazón, y empezábamos a contarlas con deleitada lentitud.

Al regreso de la escuela, solía ir a casa de tío Simón a llenarme la boca de guindas, después de lo cual parecía un mulato. Tía Isolina me hacía señas y terminaba introduciéndome en el comedor, donde lucía la más extraña variedad de postres; pero había dos que me trastornaban: los «suspiros de monja», unos globitos de masa esponjosa empapados en almíbar, y el turrón, que se alzaba sobre la fuente como una deliciosa pirámide blancoazulada.

—Come cuanto quieras—decíame—. Tu mamá está enferma y no te puede hacer estas cosas. Ya sabes, tía Isolina te prepara todo lo que te gusta.

Papá no la miraba bien, por no se qué asuntos del pasado. Yo no pude comprender nunca los motivos de aquel distanciamiento. Sin embargo, charlaban de continuo, pero no en la forma animosa con que lo hacía con tío Simón, a quien mi padre quería mucho. Según me enteré más tarde, tío Simón habíase venido muy joven de Europa y había fracasado en los negocios. Y había optado por irse a trabajar en la tierra, como sus antepasados y había logrado salir a flote merced a su teracidad. Ya poseía fortuna cuando conoció a tía Isolina, que entonces era una humilde doméstica. Alguien, nadie sabía quién, echó a los vientos el rumor de que aquella mosquita muerta se las había ingeniado para atrapar a tío Simón por interés. Verdad o no, el hecho es que tía Isolina era trabajadora y humilde, y tío Simón parecía estar bien con ella. Mi madre, que siempre estaba muy enferma, la quería mucho.

Tío Simón no visitaba a nadie. Sus únicas salidas al pueblo eran cuando iba a la ferretería para provisionarse de clavos, azadones u otros implementos, y a la misa de los domingos en la parroquia. Entonces se ponía su tenida de fiesta: una chaqueta a rayas paralelas, como la de los alienados, y unos largos pantalones de fantasía, grises, y con los cuales se había casado. Y sobre la camisa de apretado cuello duro de pajarita, una corbata rosa que se le movía verticalmente cada vez que hablaba, impulsada por la excrecencia de su nuez, muy saliente y puntiaguda...

Viéndolo ahora en el ajado álbum, metidos los pulgares en el chaleco y con los espesos bigotes ocultando casi su cara mofletuda y rojo, sonriéndole el único ojo bueno, me parece que es innecesaria esta pátina del tiempo, y que más nítido aun está en el álbum de mis recuerdos, imperecedero en mi corazón y en mi niñez.

El día que cumplió sesenta años hubo una fiesta en su casa, a la que asistimos nosotros y algunos vecinos. Era, para él, un exceso de sociabilidad. Usaba su traje dominguero horrible e inolvidable. La corbata de rosa se estremecía bajo la nuez de Adán y contestaba los saludos con grandes voces de alegría y lanzando risas nerviosas. Comimos y bebimos abundantemente. Ayudada por mi enfermiza madre, tía Isolina entraba y salía portando fuentes y servicios, al pasar por mi silla se detenía para decirme, colorada por la agitación y el fuego de la cocina a leña:

—¡Come, que hoy sobra de todo! Y es el cumpleaños del tío Simón.

Se me encargó entregar a éste el regalo que le hacíamos: mi padre, mi madre y mi hermano mayor, el cual, interno en un liceo de provincia, había venido para este día, que era como una fiesta.

Era una tabaquera de plata con un monograma con sus iniciales: S. M., que recibió con emoción, tocándolo por todos lados, dándome un abrazo que aun siento sobre mis hombros:

—Gracias. . . Esto. . . es mucho. . . para tío Simón,

pequeño... mucho... ¡Sesenta años de vida! No vale la pena, Dios mío...

Miró a todos lados, sonriendo; alisóse el cuello que saltaba sobre lo nuez, y añadió:

—Más tabaco para mi garganta... Me acortará la vida, pero me hará feliz... ¡Salud!

Y parece que, en verdad, se la acortó. Tosía con frecuencia y adelgazaba. Mi madre le instaba a consultar al médico del pueblo, el único, pero tío Simón pareció enfurecerse:

—¡No faltaba más! ¿Para qué necesito saber de qué voy a morir? Y bien, después de todo, me siento bien... Cada día tengo más deseos de fumar.

Anhelaba retornar a su pueblo natal, pero sus proyectos se desvanecían en la humareda de su entusiasmo. Con ese sueño vivía y alimentaba el engranaje de sus fuerzas, día a día, año tras año, labrando la tierra, abonándola y cosechándola.

Una noche que llovía torrencialmente, mi padre llegó empapado y muy pálido: había estado en casa de tío Simón, que se hallaba muy enfermo. Después de comida, lo vimos tomar de nuevo el sombrero y el paraguas y salir.

Permanecí en cama desvelado. Tenía siete años y no podía olvidarme que tía Isolina había prometido hacerme suspiros de monja el domingo venidero, y yo pensaba que, a lo mejor, la enfermedad de tío Simón la haría olvidarse de su promesa. Y recé para que se mejorara.

Aquel domingo acompañé a mi padre a visitarlo. Mi madre marchaba a mi lado, muy apenada y acezante; tenía los ojos llorosos. Había sol; la tierra estaba húmeda y se elevaba al cielo la ingrátida humedad de la evaporación; los pájaros revoloteaban en las copas aun húmedas de los árboles.

Tía Isolina se adelantó a encontrarnos en la verja. Tomándome en los brazos, exclamó entre lágrimas:

—¡El tío Simón está muy enfermo! ¡Tienes que rezar por él!

Prometí hacerlo. Después le pregunté:

—¿Me has hecho suspiros de monja?

Me condujo al comedor, limpiándose las lágrimas:

—Tío Simón está muy mal y hay que hacerle remedio. No te he preparado suspiros, pero tengo, en cambio, dulce de nueces. Come todo lo que quieras.

Quedé solo, comí hasta hartarme. Luego me deslicé hasta la habitación desde donde partían sordos gemidos. Tío Simón estaba echado sobre los edredones, con su ojo blanquizo hacia arriba y el otro mirando al frente. Se le movía mucho el pecho y tenía el rostro contraído. Inclínada hacia él, mi madre le tenía cogida una mano. Mi padre estaba de pie, inmóvil.

Tenía tanto dulce de nueces en la barriga, que no podía pensar mucho. Me daban ganas de rezar, pero los pensamientos me salían humeantes. Me dió sueño y me quedé tumbado en una silla.

Algunos días después murió.

En mi casa, mi madre lloraba mucho y mi padre usaba un traje negro. Yo pensaba en tía Isolina y me arrepentía de no haber rezado cuando me lo pidiera.

«Tal vez si lo hubiese hecho—pensaba—no se habría muerto. En cambio, me comí toda la fuente de dulce de nueces y Dios me castigará».

Y me sentía culpable.

Lo vi muerto y sentí horror de que ya no volviese a hablar. No estaría ya cortando zapallos, apartando las grandes hojas y las amarillas flores llenas de abejas que zumbaban en torno suyo, sin hacerle daño. No vería más sus largas piernas, su cara roja ni su chaqueta dominguera, ni su corbata de rosa moviéndosele delante de la saliente nuez. Ni aquel su ojo blanquizco tornado así apuntaba a una bandada de torcazas.

Por mucho tiempo vi a tía Isolina de negro. Iba diariamente al cementerio, silenciosa, cargada de flores. Cierta tarde la acompañé yo. La vi arrodillarse frente a un muro de nichos. Señalándome uno allá arriba, me dijo con voz insegura:

—Allá... ahí está tío Simón. Duerme.

—¿Duerme?—pregunté.

—Es el sueño eterno. Se descansa. Debajo de ese nicho estaré yo algún día—exclamó, señalando un boquerón tenebroso bajo la lápida de tío Simón—. Hay que prepararse para morir. Ya está comprada mi morada eterna al lado suyo. Cuando seas grande, tú y tu hermano nos colocarán algunas flores.

Suspiró, conteniendo las lágrimas.

—Bueno, ahora recemos un poco.

Me acordé del dulce de nueces, y oré en voz baja, embargado por una extraña tristeza. Sentía anudada la voz.

«Dios mío—pensaba—¿habrá pájaros en la otra vida?».

Algún tiempo después—iba yo a cumplir nueve años—mi padre, indignado, anunció que tía Isolina iba a contraer matrimonio en segundas nupcias. En la casa hubo una pequeña revolución. Incluso mi madre, siempre silenciosa, dejó escapar algunas frases de crítica en contra de tía Isolina. Se sacaban a relucir sus defectos: era interesada, y quizá si en el fondo deseaba enviudar para quedarse con los bienes de tío Simón. Después de la muerte de tío Simón nuestras visitas fueron espaciándose hasta que un día se me prohibió volver. Pero la tentación de las cerezas, pintonas ya en primavera, y el recuerdo delicioso de horas pasadas en aquella huerta llena de verdor y de fragancia, fueron incentivos suficientes para que, cierta tarde, a la salida de la escuela o en alguna cimarra remordida, me hicieran olvidar la prohibición y lanzarme corriendo donde tía Isolina me esperaba con los brazos abiertos, temblorosa de emoción frente a mi fidelidad infantil. A veces me encontraba allí con el nuevo marido; es decir, mi nuevo tío: el tío Edgardo. No me gustaba. Tenía los ojos salientes y los bigotes llenos de nicotina. Además era frío y rudo y no me miraba bien. Y comencé a ir menos seguido a la huerta.

En aquel verano, llegó mi hermano a pasar sus vacaciones. Estaba muy afectado por la muerte de tío Simón, y una tarde en que salimos con mi padre a dar un paseo, entramos al camposanto a visitar la tumba. Había unas flores marchitas, y la inscripción de la lápida estaba sucia. Bajo ésta, estaba el nicho aun vacío, siniestro, esperando malignamente a un ocupante. Yo le informé a mi hermano de lo que me había contado tía Isolina acerca del destino de aquella cavidad una vez que ella muriese. Mi padre me miró con extrañeza y me preguntó:

—¿Por qué te ha contado eso, y cuándo?

Le dije que hacía bastante tiempo, cuando aun no me prohibía visitarla. Lo vi bajar la cabeza, y mi hermano preguntó entonces, con aire distraído:

—¿Y cuando el nuevo tío se muera, dónde quedará tía Isolina, debajo del tío Simón o del otro?

—Bueno, cállate—exclamó mi padre, con una irritación divertida.

El camino de regreso era polvoriento. Yo volvía la cabeza una y otra vez, mirando la entrada del cementerio con una tristeza infinita. El mundo me parecía estúpido y tenía deseos de dormir seis meses seguidos, y que lloviera afuera.

El tiempo ha volado. Muerta está, también, tía Isolina. Y el tío Edgardo, con su bigote amarillento. Y mamá, y mi padre. Mi hermano usa bigotes, y se enamora. Han pasado veinte años. El tiempo lo cubre todo. A veces, con una lejana sonrisa, suelo pensar

dónde fué colocada al fin tía Isolina, debajo de cuál de sus dos maridos; pero aparto los pensamientos y vuelvo a masticar, con el recuerdo, los suspiros de monja de mi infancia y a contemplar los largos pantalones de tío Simón embarrados hasta las rodillas. El tío Simón, ese de mi infancia.